LA BONDAD ORIGINARIA DEL TRABAJO
UNA APROXIMACIÓN DESDE LA LABOR ARTÍSTICA

DAVID ARMENDÁRIZ MORENO
Instituto de Antropología y Ética. Universidad de Navarra (Pamplona)

La bondad originaria, intrínseca, del trabajo es una de las verdades fundamentales del cristianismo, que ocupa un lugar central en el pensamiento de san Josemaría Escrivá, quien propone la vocación profesional como camino de santidad, como lugar de encuentro del hombre con Dios.

El sentido de la santificación del trabajo, y, en general, de la cotidianidad en el Fundador del Opus Dei, no consiste en *convertir* en bueno –santo– algo malo o corrupto, sino, como subraya en distintos textos, en *descubrir* ese «*algo santo*, divino, escondido en las situaciones más comunes», en «*detectar* los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares». El mundo, la materia, no es malo, repite insistentemente en la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, porque ha salido de las manos de Dios, y Él mismo ha manifestado su bondad –«y vio Dios que era bueno» (Gen 1, 10 ss.)–. Frente a las doctrinas espiritualistas o materialistas de cuño maniqueo, «necesita nuestra época –afirma Escrivá– devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido» [1].

De igual modo, como señala en la homilía *Trabajo de Dios*, el trabajo no es consecuencia del pecado, sino algo consustancial al hombre, y, como su vida misma, un don de Dios. «El hombre nace para trabajar, como las aves para volar» [2]. Por eso, afirma, hemos de *amar el trabajo*, como don de Dios, como expresión de nuestra misma naturaleza, y como lugar de encuentro con Dios y camino hacia Él, mediante el cual llevamos el universo hacia su Creador [3].

1. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, nn. 114-115, 119.
2. Job V, 7 (citado en JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Trabajo de Dios», en *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, n. 57).
3. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Trabajo de Dios», cit., nn. 58 y 65 e ÍD., Homilía «En el taller de José», en *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 45.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El trabajo como desarrollo y apropiación del universo

La bondad del trabajo es algo muy oscurecido por la actual cultura del bienestar y la técnica, que ve en esta última un modo de mitigar, cuando no de sustituir, al trabajo. Estamos inmersos, en buena medida, en una concepción *dialéctica* del trabajo: vivimos en un mundo imperfecto, nosotros mismos somos imperfectos, y mediante el trabajo transformamos, *arreglamos*, el mundo. Por otro lado, nos cuesta concebir el trabajo en un mundo paradisíaco anterior al pecado. ¿Para qué el trabajo en un mundo perfecto? El libro del Génesis no nos presenta sin embargo al hombre en su inocencia original como un ser ocioso, no ya por la actividad que comporta su estar con Dios, sino por su mismo modo de estar en el mundo.

Frente al resto de las criaturas, Dios no se limita a *poner* al hombre en el mundo, sino que le confía su custodia, y el mandato de dominarlo. Este mandato va unido al de la obediencia a Dios, en la prohibición de comer del *árbol de la ciencia del bien y del mal* (Gen 2, 15-17). La articulación de ambos mandatos excluye las interpretaciones antropocéntricas o cosmológicas del *dominium terrae*, que lo conciben como gobierno tiránico, o como evolucionismo cósmico del que el hombre es una pieza más[4]. El doble designio divino manifiesta que el universo es para el hombre, que el hombre es el sentido, el cenit, el *alma* del universo, y que el hombre, a su vez, no es para sí mismo, sino para Dios.

Frente a la consideración instrumental-dialéctica del trabajo, Juan Pablo II propone en la Encíclica *Laborem exercens* y en la *Carta a los artistas* entender el *dominium terrae*, clave de la concepción cristiana del trabajo, en un triple sentido en el que no media la negatividad o la imperfección que trae el pecado, acentuando la esencia enriquecedora del trabajo para el universo y para el hombre: como desarrollo o continuación de la creación, como expresión de la personalidad singular de cada hombre, y como apropiación del universo para gloria de Dios.

Como ser espiritual, las acciones del hombre no son nunca puramente transitivas, exteriores, sino que revierten, y es más, tienen su fin, en el sujeto que las realiza. La dimensión objetiva –exterior– del trabajo, afirma el Juan Pablo II, se ordena a la dimensión subjetiva, al perfeccionamiento del sujeto: «... mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza (...), sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido, "se hace más hombre"»[5].

4. Un análisis de las diversas concepciones del *dominium terrae* lo encontramos en SCHENK, R., «¿El trabajo es la corrupción o la perfección del ser humano?», en VV.AA., *Idea Cristiana del Hombre*, Actas del III Simposio Internacional Fe cristiana y Cultura contemporánea, EUNSA, Pamplona 2002, pp. 274-276.

5. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 9.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Junto a esta referencia al crecimiento personal, orientada a hacer al hombre cada vez más *capaz de Dios*, la inmanencia de la actividad humana, el *espacio interior* que abre, constituye la culminación, el sentido del cosmos, que ha sido creado para el hombre, como el hombre lo ha sido para Dios. Tras la ruptura del pecado original, cabe por eso decir no sólo que el hombre, como expresaba san Agustín, camina inquieto hasta que descansa en Dios, sino que la creación entera «espera vivamente la revelación de los hijos de Dios» (Rm 8, 19).

La vida cristiana consiste, afirma Escrivá citando a san Pablo, en un «movimiento ascendente (...) desde la tierra, hasta la gloria del Señor», impulsado por el Espíritu Santo, por el que «todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (1 Cor 3, 22-23) [6]. Y si este movimiento hacia Dios es impulsado por el Espíritu Santo, se realiza en Cristo, cuya obra redentora constituye el modelo de todo trabajo, al asumir la humanidad caída, y con ella a todo el cosmos, y reincorporarla a la Vida Trinitaria.

El trabajo es así plenamente humano cuando se origina en el amor: «... el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor» [7]. Santificar el trabajo es así injertarlo «en esa corriente de Amor que define la vida de un hijo de Dios». San Josemaría escribe *Amor* con mayúscula, porque se trata del Amor de Dios, del que nace todo amor. El trabajo movido por el amor se convierte así en *trabajo de Dios*, que nace de Dios, se realiza en su presencia, y se orienta a Él [8]. Por eso, la «dignidad del trabajo está fundada en el Amor» [9].

Junto a esto, en el pensamiento de Josemaría Escrivá el trabajo está siempre vinculado a la relación entre el hombre, Dios y el mundo. Nunca habla del trabajo en los ángeles –*que están siempre contemplando el rostro de Dios*–, ni en la vida amorosa de la Trinidad, puro Amor [10]. Habla de la vida de Dios, o de la acción de Dios. El trabajo nace con el hombre y el universo para él creado, como tarea de someterlo y custodiarlo [11]. El trabajo reducido a mera procesualidad que sólo mira al

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 115.
7. Ibíd.
8. ÍD., Homilía «Trabajo de Dios», cit., nn. 60 y 70.
9. ÍD., Homilía «En el taller de José», cit., n. 48.
10. Cfr. ILLANES, J.L., «Esplendor del trabajo», en este mismo volumen. Cuando Escrivá habla del *trabajo de Dios*, por ejemplo en la homilía del mismo título, el sujeto de ese trabajo es el hombre, cuyo trabajo se hace de Dios al injertarlo en su vida.
11. Al asumir el Verbo la humanidad, y hacerse así habitante del universo, asume el trabajo: Cristo era *hombre de trabajo*, como afirma el Papa en *Laborem exercens*, n. 26. La creación del universo por Dios no es propiamente trabajo, pues es puro origen, y el trabajo es siempre «hacer algo de algo», lo que presupone la condición de ser habitante de un mundo (cfr. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologica* I, q. 45, aa. 1 y 2). Sí, en cambio, la Re-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

hombre y al mundo se desgaja de la vida, que consiste en amar a Dios, y en Él, a los demás. Así como el amor es la forma y la plenitud de todas las virtudes, ha de ser también el *motor* del trabajo [12]. Por eso el hombre ha de injertar el trabajo en la vida amorosa divina, hacer del trabajo vida.

El trabajo de nombrar

Tras los mandatos divinos al hombre de aprovechar los recursos de la naturaleza –alimentarse–, de habitar la tierra –civilización–, y de obedecerle –lo que implica que el hombre no se considere señor, sino guardián del universo–, Dios propuso al hombre una tarea nueva: poner nombre a las cosas. El nombrar implica una relación nueva del hombre con el mundo, no desarrolladora-transformadora, sino contemplativa e interrogadora. El hombre es *arrancado* así en cierto modo de su condición de habitante de la tierra, y *enfrentado* al universo: «Dios formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, y los llevó *ante* el hombre para que les pusiera nombre» (Gen 2, 19).

Es entonces cuando el hombre advierte su inconmensurabilidad con el universo [13]: «... y el hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todas las fieras del campo [14]; pero para él no encontró una ayuda adecuada»(Gen 2, 20). El hombre, a pesar de estar con Dios, se siente solo como habitante del universo. Dios formó entonces a la mujer, y «la presentó al hombre». Y el hombre le puso nombre: «... se la llamará mujer» (Gen 2, 22-23). Dios hace así partícipe al hombre del conocimiento que Dios tiene del hombre –el hombre no reclama a la mujer, es Dios primero quien sabe que «no es bueno que el hombre esté solo» (Gen 2, 18)–, y lo hace poniendo al hombre la tarea de nombrar las cosas. Para nombrar, el hombre ha de tener conciencia de sí como ser distinto al del universo –por eso entonces se siente solo–. Por el nombrar el hombre se distingue del universo y lo pone frente a

dención, que es Trabajo supremo, para la que Dios de hizo habitante del universo, y lo hizo suyo en el Cuerpo de Cristo.

12. Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, SAN, *La Ciudad de Dios*, 15, 22: «... la virtud es el orden en el amor» (ibíd). Como señala el Papa, «la conciencia de que a través del trabajo el hombre participa en la obra de la creación, constituye el móvil más profundo para emprenderlo en varios sectores» (JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 25).

13. Cfr. JUAN PABLO II, *Varón y Mujer. Teología del cuerpo*, Palabra, Madrid 1995, p. 50.

14. La distinción entre fieras del campo y ganado indica que el hombre ha organizado la tierra a su medida, y que realizaría labores agrícolas y ganaderas, lo que se inscribe ya en el proceso de civilización de la tierra.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sí, iniciando una nueva relación con las cosas, consigo mismo, y con Dios[15].

Junto a este enfrentarnos *ante* el universo, el nombrar es un modo de hacer nuestras las cosas[16], un modo de posesión, íntimo, pero no individualista, ya que la palabra es intrínsecamente comunicadora, presentativa ante alguien. Esta dimensión posesiva del lenguaje está en la raíz de la prohibición judaica de nombrar a Dios, y, en general, de representarlo, prohibición que fue radicalmente subvertida por Dios mismo, como señala el Papa en la *Carta a los artistas*, con su Encarnación, en la que el Verbo se hizo en Cristo signo visible, *icono del Dios invisible* ante el hombre[17].

Mediante el nombrar, el hombre guarda y presenta las cosas, las incorpora a sí mismo de un modo que va más allá del aprovechamiento y desarrollo de la creación, un modo que acontece en la contemplación, de la misma manera que Dios, tras crear las cosas, se complace en su contemplación, guardándolas en su corazón. Parece que Dios va así contagiando poco a poco al hombre su propia vida, su modo de obrar, enseñándole que el trabajo no ha de limitarse a la transformación –desarrollo– de la creación. Tras la tarea de nombrar, el trabajo humano adquiere una dimensión más honda, es un trabajo que se inscribe en la mirada *frente a frente* del hombre a Dios y al universo[18]. Esto no quiere decir que el nombrar sea una actividad superior al aprovechamiento y desarrollo de la creación realizados mediante el trabajo, sino que éste tiene que desarrollarse en el seno de aquél.

El arte como creación en la contemplación

El arte puede parecer a primera vista una esfera distinta, e incluso contrapuesta al trabajo, como algo reservado a los *momentos de ocio* o

15. Cfr. JUAN PABLO II, *Varón y Mujer. Teología del cuerpo*, cit., p. 50. Como señala aquí el Papa, al distinguirse del universo, el hombre se encuentra «*frente a Dios*, como en búsqueda de la propia identidad».

16. Cfr. POLO, L. *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos,* Unión Editorial, Madrid 1997, p. 42.

17. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, *Humanitas* 16 (1999), pp. 677 y 688.

18. Tres son las grandes obras de Dios hacia el hombre: «... nuestra primera *creación*, nuestra *redención* y nuestra futura *glorificación*», que revelan la caridad, la humildad y la gloria divinas (BERNARDO DE CLARAVAL, SAN, *Sermones de Navidad*, Rialp, Madrid 1956, pp. 133-134 y 143). Estas tres dimensiones se dan también, aunque de otro modo, en el obrar de Dios y del hombre antes del pecado. En el mandato de *dominar* la tierra –participación en la creación divina–, en el mandato de *obediencia* a Dios –el hombre ha de custodiar, no gobernar el universo–, y en la tarea de *nombrar* –por la que le hombre se distingue del universo y lo eleva a la gloria del espíritu, más allá de las relaciones puramente instrumentales.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

como *distracción*. En la *Carta a los artistas*, sin embargo, el Papa contempla el arte como una dimensión más del *dominium terrae*, más aún, afirma que «en la creación artística el hombre se revela más que nunca imagen de Dios», participando de la potencia creadora de Dios, ejerciendo un *dominio creativo* sobre el universo [19].

Ahora bien, el núcleo de la reflexión de Juan Pablo II sobre la creación artística gira, aunque pueda parecer paradójico, en torno a la contemplación, al asombro. El artista participa de la potencia creadora de Dios no tanto en cuanto *productor* de objetos, sino en cuanto *admirador*, algo presente en la misma creación divina: «Nadie mejor que vosotros, artistas, geniales constructores de belleza, puede intuir algo del *pathos* con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos». El artista crea «atraído por el asombro del ancestral poder de los sonidos y de las palabras, de los colores y de las formas», y es capaz de admirar la obra salida de sus manos, como Dios se complació en la creación salida de sus manos [20]. El asombro está presente al inicio, al final, y en el desarrollo del proceso de creación artística, de modo que puede decirse que el artista crea *desde* y *en* la admiración.

El artista, como reza el inicio de la *Carta*, es un *constructor* de belleza, pero también un *descubridor* de la belleza del universo y de la belleza que él mismo ha engendrado. Por eso el artista, lejos de envanecerse por su capacidad creadora, ha de sentirse «movido a mirar hacia sí mismo y hacia toda la creación con ojos capaces de contemplar y agradecer» [21].

La creación artística, como veíamos, acontece en el seno de la contemplación, o si queremos, de la inspiración. La creación artística no es sino un esfuerzo por configurar, por dar forma sensible a la «perfección fulgurante de la belleza percibida en el fervor del momento creativo». Este fulgor, este «esplendor que durante unos instantes ha brillado ante los ojos de su espíritu», penetra «la unidad misteriosa de las cosas», el «misterio insondable que rodea y está presente en el mundo» [22]. Como afirma Romano Guardini, la obra de arte no es nunca un objeto más, un «fragmento» de la realidad, sino un «centro en torno al cual se congrega todo», un «símbolo del todo» [23]. Por eso, la obra de arte se destaca de los demás objetos producidos por el hombre, que adquieren su sentido en la red de relaciones del mundo del que forman parte. Es lo que

19. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, cit., p. 675.
20. Ibíd., p. 674.
21. Ibíd., pp. 674-675.
22. Ibíd., p. 678.
23. GUARDINI, R., *La esencia de la obra de arte*, en *Obras* I, Cristiandad, Madrid 1981, pp. 318, 321.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Heidegger denominaba el «reposar en sí» de la obra de arte[24], que nos revela la verdad de las cosas y del mundo en su sentido total, más allá de las redes que los hombres hemos tejido.

Gadamer habla del arte como iluminación, como una luz que se arroja sobre el mundo y nos muestra su verdad bajo una luz nueva. El arte nos sustrae así de «la seriedad de los objetivos», de la red de finalidades de la vida activa[25], pues la belleza nos saca siempre del «mundo interpretado», como decía Rilke[26], del mundo que hemos configurado a nuestra medida. Aquí descubrimos la dimensión *lúdica* de la actividad artística que glosa Gadamer, una actividad, como la danza o el juego, en la que el hombre se complace, sin mirar al resultado. De este modo, el arte es un conocimiento del mundo bajo una luz nueva (Gadamer), y el esfuerzo por dar expresión sensible a esa luz, por aferrarla, por decirla. De ahí la distancia, afirma Juan Pablo II, que todo artista percibe entre lo intuido y lo realizado, pues la luz no se puede apresar, sino, y esto es el arte, hacerla refulgir fugazmente en los contornos y cabidades de las obras de arte. Una vez más, el arte aparece caracterizado como contemplación antes que como creación, como creación en la contemplación.

Esta comprensión del arte como iluminación del mundo es algo que los mismos artistas han plasmado en sus obras y en sus reflexiones, en la intuición de la mutua necesidad entre artista y mundo. El sentimiento de la orfandad del mundo, que busca refugio en el corazón del hombre, puede rastrearse en la obra de todo artista. Cabe recordar aquí al ya mencionado Rilke, para quien el mundo está a la espera de que el hombre lo contemple y lo acoja en su palabra[27], o a Juan Ramón Jiménez y su miedo a la muerte, que dejará al mundo huérfano en su pura exterioridad, sin el corazón del poeta que le cobije, o a Matisse, quien, cuando le preguntaron qué era para él pintar, hacía el gesto de contraer la mano y el brazo, como queriendo sintetizar y recoger dentro de sí el mundo.

De ahí que para Heidegger la poesía –y en sentido amplio el arte– sea el modo originario de habitar el mundo[28]. Un habitar que no consiste «colocarnos» en el mundo, en estar en él como los animales, sino en apropiárnoslo, hacerlo nuestro, configurarlo a nuestra semejanza.

24. HEIDEGGER, M., «El origen de la obra de arte», en *Arte y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1995, p. 102.

25. GADAMER, H-G., *Verdad y método I*, Sígueme, Salamanca 1999, pp. 158, 144.

26. RILKE, R.M., *Elegías de Duino*, Elegía I, Cátedra, Madrid 1987, p. 62.

27. Como es sabido, tal es la *misión* del poeta para Rilke: cfr. ibíd., p. 63.

28. Cfr. HEIDEGGER, M., «Hölderlin y la esencia de la poesía», en *Arte y Poesía*, cit., n. 5.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Tal es, veíamos, el sentido de la civilización, y, siguiendo a Heidegger, de la construcción del «mundo del hombre», con sus instrumentos y las relaciones que se establecen entre ellos. El hombre habita el mundo, como señala Leonardo Polo, organizándolo, adaptándolo a sí. No desarrolla alas para volar o pelaje para guarecerse del frío, sino que construye carreteras, casas, aviones, barcos, de modo que habita el mundo que él mismo ha creado, «habita un mundo suyo» [29].

El arte y el trabajo como modos de habitar el mundo

Como acertadamente vio Heidegger, siguiendo a Hölderlin, el arte no es sino un modo especialmente intenso de habitar el mundo, de conmensurarlo con el hombre, pero precisamente en la medida en que se considera al mundo como algo más que el plexo de relaciones instrumentales que instaura el hombre. El arte nos saca de la realidad interpretada (Rilke), de la seriedad de los objetivos de la existencia (Gadamer), y nos revela el mundo como bello. El arte es creación de belleza en la belleza. También cuando nace del abandono y la soledad, del sentimiento de inconmensuración con el universo, el arte acontece en la belleza, ya que se sitúa en la pregunta esencial por el sentido: «... incluso cuando escudriña las profundidades más oscuras del alma o los aspectos más desconcertantes del mal, el artista se hace de algún modo voz de la expectativa universal de redención» [30].

El hombre, junto a su capacidad de interiorizar, de albergar el mundo, se descubre también a sí mismo como necesitado de ser albergado, y siente que el mundo no puede hacerlo. Es el grito de Rilke a las jerarquías de los ángeles al comienzo de las *Elegías de Duino*, y «este miedo de pronto» de Juan Ramón, al darse cuenta de que el mar, al que tantos versos ha dedicado, no tiene alma [31]. El arte, al enfrentar al hombre con la totalidad de lo real (Guardini), con la esencia de las cosas (Heidegger, Gadamer), le muestra, junto a la infinitud de su espíritu, la finitud del universo. «Lo bello –afirma Rilke– no es nada más que el comienzo de lo terrible» [32], ya que revela la capacidad humana de

29. POLO, L., *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, cit., pp. 99 y ss. Como señala aquí Polo, «... habitar significa estar en un lugar teniéndolo». Lo contrario de esto es el consumismo, por el que el hombre es «tenido» por la civilización, esclavo de su mundo, por así decirlo (cfr. ibíd., p. 93). Por eso, junto a las concepciones instrumental y burocrática del trabajo, el consumismo es una estructura que desfigura el trabajo.

30. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, cit., p. 683.

31. JIMÉNEZ, J.R., «Ciego», en *Antología comentada* (com. por A. Sánchez Barbudo), Ediciones de la Torre, Madrid 1986, pp. 194-195.

32. RILKE, R.M., *Elegías de Duino*, cit., p. 61.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

acoger el universo, y la incapacidad de ser acogido por éste. El arte, el modo más esencial de habitar el mundo, nos muestra precisamente que no podemos hacer del mundo nuestra casa permanente[33].

El arte es la cuerda tensada del arco, como esperanza o como desesperanza, como grito o como canto, siempre interrogación. En palabras de Guardini, la obra de arte es una promesa, ya que nos hace intuir que «la existencia no da por sí misma aquello de que se trata»[34]. Como «un rayo de perfección en un mundo imperfecto» (Gombrich), el arte abre el gran interrogante que arroja al mundo y al hombre más allá de sí mismos. Con hiriente luminosidad afirma Guardini que «la obra de arte sólo de Dios recibe su sentido»[35]. Toda obra de arte, dice, «es, por esencia, "escatológica", (...) refiere el mundo más allá de sí mismo». Al sustraer al hombre de las redes y objetivos que él mismo ha tejido, también a nosotros el arte nos saca fuera de nosotros mismos, nos despierta la pregunta de ¿a quién podemos recurrir?[36], nos hace presentir quiénes somos realmente, la promesa de que alguna vez alcanzaremos nuestro ser auténtico[37].

Las reflexiones precedentes han tratado de iluminar la esencia del trabajo desde la labor artística, y no de contraponer arte y trabajo. El arte, como suspensión de las relaciones mediales entre las cosas establecidas mediante el trabajo, no ha de verse como una instancia superior a éste, sino como el *alma* de todo trabajo, en el sentido de la apropiación del universo por el hombre para gloria de Dios. Como configuración del universo al hombre, que es el modo como el hombre habita la tierra, la civilización y el trabajo forman parte de «este gigantesco proceso, mediante el cual el hombre "somete la tierra"»[38]. Este proceso se inserta en uno mayor: llevar todas las cosas hacia Dios para que resplandezca su gloria, cuando el hombre, en el nombrar, reconoce su inconmensurabilidad con el universo, que le pone frente a Dios como su origen.

Este sentido originario del trabajo, esta dimensión épica, por así decirlo, es algo sin embargo que hay que reconquistar, haciendo frente a la visión tan frecuente del trabajo en función de objetivos puramente pragmáticos. El arte puede desempeñar aquí un importante papel, ya

33. Cfr. GUARDINI, R., *La esencia de la obra de arte*, cit., pp. 330 y ss. Cfr. también POLO, L., *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, cit., pp. 100-101.

34. GUARDINI, R., *La esencia de la obra de arte*, cit., p. 330.

35. Ibíd., p. 331. Ésta es también la tesis central de *Presencias reales*, de STEINER, G., Destino, Barcelona 1998, pp. 14 y ss.

36. RILKE, R.M., *Elegías de Duino*, cit., pp. 61-62.

37. Cfr. GUARDINI, R., *La esencia de la obra de arte*, cit., p. 331.

38. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 4.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que la labor artística, de suyo, se sustrae a finalidades meramente pragmáticas, se sitúa en la dimensión del nombrar, y destaca la dimensión creativa, expresiva, lúdica y apropiadora del trabajo. El arte puede contribuir así a redimir al trabajo de la pura transitividad y exterioridad, y vincularlo a la gran tarea del hombre de configurarse a sí mismo y al universo a la medida de Dios; en definitiva, a ser contemplativos en medio del mundo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei